

DICCIONARIO ILUSTRADO

LATÍN - ESPAÑOL
ESPAÑOL - LATÍN



DICCIONARIOS

ÍNDICE

Prólogo a la primera edición	VII
Observaciones para el manejo de este diccionario	XI
Cuadro de grabados, mapas y explicaciones	XIII
Abreviaturas empleadas en este diccionario	XIV
Principales abreviaturas latinas	XV
Diccionario latín-español	1
Diccionario español-latín	557
Resumen de gramática latina	apéndice

PRÓLOGO

A LA PRIMERA EDICIÓN

Perseverando en el deseo de buscar el perfeccionamiento posible para su Diccionario Latino y en el afán de atender a las necesidades de los estudiantes religiosos, el editor ha procurado mejorar y ampliar en esta edición el primitivo texto.

Un cuerpo competente de redactores de *Palaestra Latina*, bajo la acertada dirección del R. P. José María Mir, de la Congregación de los Hijos del Inmaculado Corazón de María, ha llevado a cabo con tesón y con minucioso cuidado la revisión de los errores y de las traducciones defectuosas de las primeras ediciones, inevitables en una obra extensa, ideada con distintos criterios. Si en todo libro la eliminación de toda forma mendosa es útil, es capital la ventaja en un diccionario, donde difícilmente el lector puede subsanar los errores.

Los lectores apreciarán con qué inteligente preocupación se han corregido los más pequeños defectos conceptuales y tipográficos.

Sobre la mejora material de los artículos del primitivo texto, la presente edición ofrece una ampliación que merece ser defendida.

En todo tiempo había, y es su posición mental respetable, quien, enamorado de las normas clásicas, no se interesase más que por ellas. Y habrá quien con un criterio más riguroso aún no vea más norma de latinidad segura que la lengua de Cicerón y César.

La primera de estas posiciones sólo como norma reguladora del trabajo puede ser plausible, ya que a la ingente tarea de la latinidad le es útil la dedicación entera a cada uno de sus aspectos.

El humanista puede consagrar su vida toda a escudriñar los secretos de la latinidad clásica, sin remontarse a los antecedentes y sin enlazarla con la latinidad posterior, y aun serán cortos sus afanes y su vida para descubrir el mundo que la latinidad clásica le ofrece.

Lo que no podría el humanista moderno es adoptar la postura desde-

ñosa del renacentista, que, ilusionado con el nuevo mundo que se le redescubría, pensaba que el latín dejaba de interesar tras la Edad de Oro y que la Edad Media había sido la tenebrosa ruta de la humanidad en la noche de la ignorancia. Con un sentido simplista, sin más criterio que el del valor estético de las lenguas, el clasicista latino comparaba lo más perfecto de la latinidad de oro con lo más desaliñado de los siglos medios, envolviéndolo todo en un concepto del más injusto desdén.

En el fervor del clasicismo del siglo xvi se hubiera visto con la máxima impasibilidad la desaparición de la latinidad posterior y medieval, si no la hubiera salvado el respeto hacia los grandes escritores de ella. En esta conspiración del desdén se unían a los clasicistas latinos los romancistas, que contraponían al latín las lenguas y literaturas románicas.

Para la reivindicación del latín posclásico y del medievalismo fue necesario un cúmulo de causas, que sólo en nuestros días han tenido un pleno desenvolvimiento. Aparte de la tradición religiosa de los benedictinos, guardianes celosos del fuego sagrado, fue la curiosidad histórica y filológica la que permitió congraciarse al mundo culto con el sabor posclásico y medieval. La filología histórica en la lengua y en la literatura llega a descubrir que los idiomas son en su evolución una continuidad, y, así como no pueden entenderse Cicerón y César sino proyectados como un momento de la latinidad en la cinta sin fin de la lengua, así entre las lenguas modernas y el latín está el nexo de la latinidad posterior y medieval, elemento primordial en la lengua y en la literatura, aun en los momentos en que los idiomas nacionales latían ya con conciencia de su personalidad. No sólo las obras latinas posclásicas y cristianas enlazaban con la latinidad clásica, como enlazaban con ellas las producciones de la edad de plata, sino que esta latinidad, a través de los que la entendían, llegaba al pueblo iletrado, inspirando lo mejor de la literatura popular.

Fue Traube el que observó mejor este concepto conexo de las dos literaturas, que han tenido tan brillante confirmación en los recientes estudios de Moricca sobre la literatura cristiana.

La latinidad clásica entra en el cristianismo con el recelo comprensible de una ideología superada.

Los estudios de Ozanam y de Wendland sorprenden en un fino análisis de este proceso simultáneo de asimilación y de depuración. Los escritores cristianos, rehuendo el intelectualismo erróneo y la visión sensualista del hombre viejo del paganismo, se sienten sin embargo hermanos con la latinidad clásica por la solidaridad de su lengua y por el prestigio irresistible de su literatura. Con un cambio radical de temas, los escritores cristianos se sienten, aun contra su voluntad, continuadores de aquellos modelos insuperables del decir y son una prolongación de una no interrumpida literatura.

Muchos rasgos que los lingüistas señalan como tipos del latín tardío y

medieval no son sino continuación de usos antiguos de la latinidad, que pervivían junto a los usos que los grandes escritores impusieron como modelos.

El dativo de finalidad, el ablativo en competencia con el genitivo, el indicativo a costa del subjuntivo, y otros muchos giros, son modos del latín romano, unos de Plauto y de otros antiguos, y aun algunos de autores clásicos, como Tito Livio, y algunos poetas.

El rasgo más acusado del léxico eclesiástico, la difusión de los nombres abstractos, se inicia dentro del período clásico en la lengua filosófica y llega a su máxima vitalidad en las lenguas modernas, siendo el latín religioso un precioso medio de propagación. No es, pues, una deformación estilística de la latinidad clásica el gran uso de los abstractos, sino el desarrollo franco de una dirección tímidamente tomada en el mejor período latino.

Así el estudio atento de muchos caracteres del latín de los autores cristianos demostrará este sentido de evolución natural y de continuidad contra el infundado concepto de ruptura de los moldes clásicos.

La presente edición ofrece también la incorporación de algunas pocas voces importantes de la latinidad de plata, como Séneca y Plinio, que interesan como jalones entre el léxico clásico y el eclesiástico.

El tránsito de la latinidad pagana a la literatura cristiana es uno de los problemas más interesantes, no sólo para la historia del pensamiento, sino también bajo el aspecto filológico.

Dos mundos antagónicos se unen al revestir con las mismas galas imaginativas conceptos tan opuestos como el halago de la sensualidad y la macefacción de la carne, el mundo de los sentidos y del orgullo y el mundo de la espiritualidad en el camino de la humillación.

En la transformación mental más grande de la humanidad la literatura pagana seguía actualizada por la forma, aunque en los viejos odres hubiera ahora un vino de inefable fragancia.

Los Santos Padres aprovechan los giros y metáforas de sus antagonistas y hasta utilizan sus alegorías con interpretaciones de un posible sentido cristiano.

Las reminiscencias de estilo que los eruditos descubren en escritos cristianos prueban el perenne recuerdo fraseológico que éstos guardaban de sus detenidas lecturas clásicas.

Todas las investigaciones modernas confirman cómo los grandes escritores cristianos son continuadores de la gran latinidad, con las modalidades que la evolución de las ideas tenía que imponer.

Junto a los grandes escritores cristianos, en quienes la prestancia clásica constituye una preocupación fundamental, se ofrece el latín de la Vulgata, precioso puente tendido entre el cuidado esmero de los literatos y la llaneza del pueblo, al que había que hacer llegar la buena nueva en un lenguaje comprensible.

El grecismo de la literatura cristiana no es sino un capítulo más en la invasión léxica, inevitable entre lenguas de tan desigual cultura.

La idea de incorporar las voces corrientes de la latinidad cristiana al vocabulario clásico no es sólo una ventaja práctica para los alumnos que han de leer esta latinidad, sino una mejora general del libro.

El escrúpulo que el puritanismo clasicista podría tener de ver involucradas formas clásicas y tardías se salva por marcarse éstas con un signo inconfundible.

No hay que decir que las voces eclesiásticas incorporadas son las más frecuentes, sin haberse intentado agotar el léxico cristiano. En esta delicada selección tienen una notable y natural preferencia, además de la Vulgata, el poeta Prudencio y los Santos Padres más leídos, sobre todo San Agustín, San Ambrosio y Tertuliano.

Los alumnos encontrarán una ventaja considerable en la incorporación de las voces principales de los autores tardíos más leídos.

Vicente García de Diego



A

1 **a** indecl., f. n.: a [letra].

2 **ā** interj., v. *ab*.

3 **ā** [ante cons.], **ab** [ante vocal o cons. líquida] o **abs** [rara, úsase ante t] prep. de abl. que expresa:

I, LUGAR: 1, PUNTO DE PARTIDA: de (*oritur ab septentrionibus*, nace del septentrión; *ab Italia proficisci*, partir de Italia; *a iudice venio*, vengo del juez) || 2, LUGAR DESDE DONDE (*omnia auscultavi ab ostio*, todo lo oí desde la puerta) || 3, APARTAMIENTO (*avertere ab oculis*, apartar de los ojos; fig. *avertere ab amicitia*, apartar de la amistad; *deterere ab iniuria*, apartar de la injusticia; *sapientia discrepat ab æquitate*, la sabiduría discrepa de la equidad) || 4, PUNTO DE DISTANCIA (*abest a Larino*, dista de Larino) || 5, LADO POR DONDE (*a tergo*, por la espalda; *erat a septentrionibus collis*, había una colina por el lado del septentrión).

II, TIEMPO A PARTIR DEL CUAL: de, desde, después (*ab ineunte ætate*, desde su tierna edad; *a cohortatione profectus*, partiendo después de su arenga).

III, ORIGEN, PROCEDENCIA: de (*alter ab Arcadio sanguine*, el otro de sangre de Arcadia; *aliquid a me promisi*, he prometido algo de lo mío).

IV, PERSONA DE QUIEN SE ESPERA, SOLICITA, INQUIERE O RECIBE algo (*a patre accipi*, aprendí de mi padre; *petimus abs te*, solicitamos de ti).

V, PERSONA AGENTE con un verbo pasivo (*liber legitur a me*, el libro es leído por mí).

VI, CAUSA: de, por (*a frigore laborare*, tener frío; *ab singulari amore*, por su singular cariño; *mitescere a sole*, ablandarse por el sol; *feroces ab re bene gesta*, envalentonados por su éxito).

VII, RELACIÓN O PUNTO DE VISTA O LADO EN SENTIDO MORAL (*copiosus a frumento*, abastado

de trigo; *tempus mutum a litteris*, tiempo sin correspondencia; *imparati a militibus*, desprovistos de soldados).

VIII, FAVOR O PARTIDO (*stare ab aliquo*, estar de parte de uno; *dicere ab reo*, hablar en favor del reo).

IX, CARGO U OFICIO (*servus a pedibus*, espolique; *minister a secretis*, secretario).

EN COMPOSICIÓN gral. indica alejamiento o privación (*abducere*, llevarse; *amens*, demente, y, según la letra siguiente, toma las formas *a*, *ab*, *abs* o *au*).

† **Aarōn** [Aārōn] m. indecl.: Aarón, primer sumo sacerdote de Israel.

† **Aarōneus** -a -um, -iticus -a -um: de Aarón; -itae -arum: descendientes de Aarón.

ab. v. *ā* 3.

1 **abactus** -a -um, pp. de *abigo*.

2 **abactus** -ūs m.: expulsión; robo [de ganado].

abacus -i m.: tablilla [de cálculo], *EDU.; tablero [de juego]; aparador [mueble donde se guarda el servicio de mesa; *SUPEL]; ábaco [parte superior del capitel], *TEM.

abalienatio -ōnis f.: enajenación [por venta o cesión]

abalieno 1 tr.: apartar, alejar (*ab aliqua re*, de una cosa) || librar (*metu*, del miedo); privar (*iure civium*, del derecho de ciudadanía) || enemistar (*abalienantur animi*, se enemistan los ánimos); sublevar, hacer rebelar || ceder o vender (*agros abalienare*, enajenar los campos).

† **abante** adv.: delante; [prep. ac.] delante de.

Abanteus -a -um: de Abante † -tiadēs -æ m.: abantiada [hijo de A. = Acrisio; nieto de A. = Perseo].

Abaris -is m.: [n. de varias personas].

Abās -antis m.: Abante [n. de varias personas].

abavus -i m.: bisabuelo || [pl.] los antepasados.

† **Abbās** -ātis m.: abad.

† **abbātia** -æ f.: abadía.

† **abbātissa** -æ f.: abadesa.

† **abbreviatio** -ōnis m.: compendio, abreviación.

† **abbreviator** -ōris m.: compendiador.

† **abbrevio** 1 tr.: abreviar, compendiar.

Abdēra -æ f. o -a -ōrum n. pl.; Abdera [c. de Tracia] † **-ītānus** -a -um: de A.; estúpido † **-ītēs** -æ m.: de A., abderitano.

abdicatio -ōnis f.: renuncia, abdicación; acción de rechazar || desheredamiento.

† **abdicatrix** -icis f.: la que abdica.

1 **abduco** 1 tr.: rechazar; no reconocer, desheredar (*filium*, a un hijo) || abdicar, renunciar (*dictaturam* o *se dictaturā*, a la dictadura).

2 **abduco** -dixi -dictum 3 tr.: [relig.] desechar, desaprobar.

abdi, perf. de *abdo*.

abditē: ocultamente, en secreto.

abditivus -a -um: alejado.

abditus -a -um, pp. de *abdo* † adj.: oculto, secreto † **-a** -ōrum n. pl.: lo profundo, lo oculto (*abditæ rerum* [= *abditæ res*], ideas profundas o aún no expresadas; *abditæ terræ*, las entrañas de la tierra) † *ex abdito*, de origen oculto; *in abdito*, en secreto.

abdo -didi -ditum 3 tr.: alejar, retirar (*carros in artiores silvas*, los carros a lo más espeso de los bosques; *litteris* o *in litteras se a.*, darse, entregarse a las letras) || ocultar, esconder (*in terram*, bajo tierra; *in suis tectis*, en su casa) || hundir (*lateri ense*, la espada en el costado).

abdōmen -inis n.: vientre; gula.

abducō -duxi -ductum 3 tr.: retirar (*ab Sagunto exercitum*, de Sagunto el ejército); quitar (*ab aliquo discipulos*, a uno sus discípulos); llevarse por la fuerza (*in servitutem a.*, reducir a esclavitud) || separar, distinguir (*divinationem a coniecturis*, de las conjeturas la adivinación) || distraer (*aliquem ab negotio a.*, distraer a uno de sus ocupaciones) || arrastrar || pervertir.

† **abductio** -ōnis f.: acción de llevarse; expulsión; cautividad; soledad, retiro.

† **abecedarium** -ii n.: abecedario, alfabeto.

† **abecedarius** -a -um: alfabético || **abecedaria** [ars]: estudio del alfabeto || **-arius** -ii m.: el que aprende el alfabeto.

abēgi, perf. de *abigo*.

Abēl indecl. o -ēlis, o **Abēlus** -i m.: Abel [hijo de Adán].

Abella -ae f.: [c. de Campania].

abeo -ii -itum irr. 4 (*ab, eo*) intr.: alejarse, partir; salir (*victus a.*, salir derrotado; *consulatu a.*, dejar el consulado) || pasar (*abit dies*, el día se va); desaparecer; morir || pasar a, convertirse en (*in vanum a.*, acabar en nada).

abequito 1 intr.: marchar a caballo.

aberratio -ōnis f.: apartamento, medio de apartarse o distraerse (*a dolore*, del dolor).

aberro 1 intr.: alejarse del camino: (*pecore*, del rebaño) extraviarse || apartarse (*a regula*, de la regla); alejar el pensamiento, distraerse (*a miseria*, de sus penas).

abes, 2.^a pers. sing. pres. de ind. e imperat. de *absum*.

abeuntis, gen. de *abiens*.

abfore o **abfuturum esse**, inf. fut. de *absum*.

abhinc [con ac. o abl. de *tpo.*]: hace (*a. annos quattuordecim*, 14 años ha).

abhorrens -entis, p. pres. de *abhorreo* † ADJ.: ajeno, distinto, incompatible; inoportuno (*lacrimæ abhorrentes*, lágrimas inoportunas).

abhorreo -ui — 2 intr: apartarse con horror, sentir aversión hacia [con abl. sin prep. o con *ab* o con dat.]. || ser incompatible (*ab aliqua re*, con algo) o contradictorio (*inter se*) o distinto (*ab insanía*, de la locura).

abi, imperat. de *abeo*.

ābicio [mejor que *abiicio*] -iēci -iectum 3 (*ab, iacio*) tr.: echar de sí, tirar, arrojar (*se ad pedes alitici* o *ad pedes aliticius*, a los pies de uno); dejar a un lado (*abiectis nugis*, bromas aparte); perder, abandonar || echar abajo, abatir, derribar (*ad terram virgins abiectus*, derribado en tierra a palos) || desanimar, deprimir el ánimo (*mæror mentes abicit*, la tristeza deprime el espíritu) || rebajar, envilecer || vender barato || [poét. *a bicio*].

abidum o **abi dum**: ¡vete, pues!; v. *abi*.

ābiēci, perf. de *abicio*.

ābiectē: humildemente; apocadamente || vilmente (*a. aliquid facere*, cometer alguna bajeza).

ābiectio -ōnis f.: acción de rechazar; *a. animi*, desaliento.

ābiectus -a -um, pp. de *abicio* † adj.: abyecto, bajo, vil; abatido, postrado, desanimado; dicho con negligencia, banal.

abiegnus -a -um: de abeto.

abiens *abeuntis*, p. pres. de *abeo*.

abiēs -etis f.: abeto || [objetos hechos de madera de abeto] barco || lanza.

† **abietarius** -a -um: de abeto || SUBST. obrero que trabaja el abeto.

abigo -ēgi -actum (*ab, ago*) tr.: echar fuera; hacer desaparecer (*medio noctis abactæ curriculo*, a media noche); repudiar (*mulierem*) || robar (el ganado).

abi, perf. de *abeo*.

ābicio, v. *abicio*.

abin = *abisne*, v. *eo*.

abintus adv.: del interior.

abinvicem, v. *invicem*.

abitio -ōnis f.: marcha, partida, salida.

ābito — — 3 intr.: irse, marcharse, partir.

abitus -ūs m.: partida; salida.

ābiūdico 1 tr.: desposeer judicialmente; rechazar